

## LAS MARAVILLAS DE LOURDES

### Una palabra sobre los santuarios

Hay en la tierra lugares privilegiados donde la misericordia de Dios quiso manifestarse en cierto modo con mayor prodigalidad. Tales lugares se llamaron *santuarios*, es decir, lugares especialmente santificados y santificantes. Llámaseles también lugares de peregrinación, á causa de los muchos peregrinos que á ellos acuden en demanda de gracias y beneficios.

Son, en efecto, los santuarios unas como fuentes, mejor diría, volcanes, de toda suerte de gracias. Un volcán es una montaña de donde salen, si no siempre, á lo menos muy á menudo, bocanadas del fuego misterioso que llena las entrañas de la tierra. Este fuego, cuya fuerza es inconcebible, revienta aquí y allí por mil aberturas que forma en la tierra, lanzando por ellas á veces un humo densísimo, otras grandes llamaradas que se conocen con el nombre de *erupciones*, y derramando por todas partes torrentes de ardiente lava.

Así nos parecen en sentido espiritual los mil y mil santuarios esparcidos por la faz de la tierra. *La tierra está llena de la misericordia del Señor*, dice la Escritura: esta misericordia vivifica y fecundiza nuestras almas, como el fuego central vivifica y fecundiza la tierra manteniéndola en un cierto grado de calor, sin el cual todo perecería. Mas de vez en cuando, á fin de satisfacer como una necesidad amorosa de su corazón y reanimar nuestra confianza y nuestra fe, se digna Dios dar salida de un modo extraordinario á los excesos de su amor. Para eso elige determinados lugares que vienen á ser de este modo puntos de cita universal para la oración, para la piedad, para el culto; fraguas constantemente encendidas, donde adquieren nuevo temple los corazones de los buenos, y donde se limpian y purifican los pecadores. De allí, como del cráter de los volcanes, sale á borbotones la gracia divina, y muy á menudo, para consuelo de los buenos y terror de los malvados, se manifiesta el poder de Dios con admirables prodigios.

A cada uno de estos lugares benditos, de donde brota como de fuente abundante la misericordia divina, puede aplicarse la hermosa invitación de la epístola de San Pablo á los hebreos: *Acerquémonos con confianza al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia*. Si, acudamos con fe sencilla y humilde seguridad á esos archivos de gracias. Allí nos aguar-

da Dios, desde allí dulcemente nos llama; ¿por qué hacerse del sordo á invitación tan amorosa?

Cuando del modo debido se quiere hacer una peregrinación, debe á velas desplegadas confiarse el corazón á la corriente de la voluntad divina, penetrarse del verdadero espíritu de la Iglesia, y seguir en todo la huella de los Santos, quienes han sido en todos tiempos devotos de las peregrinaciones.

Mas preguntarás acaso, ¿por qué Dios hubo de escoger tal lugar con preferencia á tal otro para hacer brillar en él su gloria, la de su Madre ó la de los Santos? Secreto es este que nos ha dejado escondido su Providencia: lo más cristiano es decir que lo ignoramos completamente. En toda cuestión forzoso es llegar á un *por qué* sin respuesta. Dueño es Dios de sus obras y de sus dones: cuando se digna favorecernos, contentémonos con adorar humildemente su mano bienhechora, sin exigirle inútiles explicaciones para satisfacer nuestra curiosidad. Para no hablar aquí más que de santuarios de la Virgen, tengo un gusto en hacer observar que en este punto la Francia es una nación privilegiada.<sup>1</sup> Apenas hay

<sup>1</sup> No podemos quejarnos los españoles de que haya sido escasa con nosotros en este punto la mano de la Providencia. España es el país clásico de los santuarios célebres. El Pilar, Covadonga, Montserrat, Atocha y cien otros son conocidos en todo el mundo. Apenas hay en nuestro suelo comarca sin santuario y sin romería.— (N. del T.)

diócesis en que no haya uno de esos santuarios, donde el Corazón amoroso de María se goza en consolar y santificar á sus hijos. La historia de estos piadosos santuarios ha sido piadosamente recogida, y bajo el título de *Nuestra Señora de Francia*, forma una obra llena de santas enseñanzas y de preciosos recuerdos. ¿Quién no ha oído hablar siquiera de Nuestra Señora de las Victorias, de Chartres, de Fouvrieres, de la Saleta, de la Guarda, del Buen Socorro, de Boloña, de la Treille, de Liesse, de Sééz, de Deliverande, etc?

El de Lourdes es el postrero que entre nosotros ha aparecido. Sin querer menoscabar en poco ni en mucho la legítima reputación de los demás, forzoso es confesar que este irradia ya con tan maravillosos resplandores, que parece haber sido escogido particularmente en nuestros tristes días por la Santísima Virgen para multiplicar allí de un modo asombroso los testimonios de su poderío.

A fin de excitar y fomentar la piedad y devoción de los peregrinos, me he decidido á reunir en este breve opúsculo los más interesantes recuerdos del santuario de la Inmaculada Concepción.

## II

### La gruta predestinada de Lourdes

Lourdes es una hermosa aldea de los Pirineos, diócesis de Tarbes. Antes de los prodigios de que vamos á dar cuenta, Lourdes no era conocida más que por su excelente fabricación de chocolate. Está situada al pié de las gargantas montañosas por donde se va á los más frecuentados establecimientos termales, tales como Cauterets, Saint-Sauveur, Baresges, Bagnères de Bigorre, Bagnères de Luchon.

Algo distante de la población, al Oeste, álzase una colina peñascosa, conocida en el país con el nombre de *Roches Massabielle*, es decir, viejas rocas. Corre al pié de ella un arroyuelo ó torrente, formado de todas las aguas que bajan de los montes del rededor. Actualmente se han aprovechado por medio de una acequia ó canal para motor de un molino y una máquina de aserrar maderas.

En este muro de rocas negruzcas abrió la naturaleza una gruta de unos doce piés de elevación por otros tantos de profundidad. La bóveda, compacta y lisa, forma una curva, y va á unirse en el fondo y por la izquierda con el suelo, formando un ángulo agudo. El lado derecho es casi perpendicular.

Al interior, á la derecha del espectador, á unos seis ó siete piés del suelo, vése una excavación en

forma de nicho de unos seis piés y en forma de O prolongada. Esta excavación es natural, como la misma gruta. Mano humana no se sabe que haya tocado jamás la piedra de esta gruta. El nicho es poco profundo, y por su misma conformación la gruta ni es húmeda ni oscura. Dos arbustos silvestres adornan graciosamente su entrada con festones de ramaje.

Tal era el lugar predestinado por la Providencia divina para manifestación de la gloria y bondad de la Santísima Virgen María. En el mes de Febrero de 1858 un rosal silvestre era el único adorno de la indicada gruta. Subía caprichosamente al pié del nicho, y con sus ramas formábale como una orla al redor. Nadie venía á ese lugar solitario, más que algunos guardianes de ganado que buscaban en la gruta un abrigo cuando se veían sorprendidos por la tempestad. El suelo ó pavimento de esta caverna silvestre estaba del todo seco.

### III

#### La niña Bernardica

María Bernarda Soubirous, natural de Lourdes, á quien en adelante llamaremos únicamente con su nombre familiar de Bernardica, era en 1858 una muchachuela de catorce años, oscura y desconocida entre lo más oscuro y desconocido de todo el mundo.

Su familia vivía de su trabajo y pobres ahorrillos, en un estado de escasez que mejor pudiera llamarse miseria.

Bernardica nació raquítica; á los catorce años estaba todavía pálida, desmedrada, enfermiza; un asma penosísima hacia fatigoso su hablar ya desde la cuna. Criada por una nodriza en la vecina parroquia de Bartrés, parte de su infancia la pasó sosegada bajo la arboleda de esta aldea, guardando un reducido hatillo de ovejas. Nada la distinguía de las demás niñas de su edad. La opresión crónica de su pecho parecía hasta ahogar en ella la vivacidad y ligereza propias de la edad.

Pero esta infeliz muchacha guardaba un tesoro que Dios mira con ojos siempre amorosos: su corazón, su inocencia. Sencilla, afable, dócil en alto grado, cariñosa, todo era en ella puro y candoroso: la mirada, el hablar, la fisonomía. Los rasgos de ella eran vulgares, pero su conjunto dulce, agradable y simpático. Sus cabellos eran de un azabache hermoso, y sus ojos negros estaban llenos de suavidad y ternura.

A los catorce años Bernardica no había hecho todavía su primera Comunión. Su alma permanecía aún en la integridad de la inocencia bautismal.

Sentía verdadero horror hacia la maldad, y la hacían sufrir dolorosamente las faltas que veía cometerse en su presencia. Su hermana, de tres años más de edad que ella, cuenta con emoción que Bernardi-

ca la reprendía muy á menudo por su poca afición á rezar, atolondramiento y maneras desenvueltas.

Durante el rezo, que se hacía cada noche en su casa en común y en voz alta, la niña Bernardica conservábase siempre en actitud la más respetuosa; jamás se la vió apoyarse perezosamente en mueble alguno, ni perder su recogimiento.

Rezaba mucho á pesar de su falta completa de instrucción. Amaba la oración, sin embargo de no saber otra cosa que el santo Rosario. Con su rosario de cuentas groseras y pobres se dirigía muchas veces al día á la Madre de Dios, á la cual apenas conocía. Mas la humilde Virgen de Nazareth tenía ya desde entonces fijos los ojos en su devota Bernarda, y la amaba y veíala crecer de cada día más santa y más piadosa.

El sacerdote encargado de la parroquia de Bartrés, cuando Bernardica iba á dejar su aldea para volver á su casa á disponerse para la primera Comunión, encontrála un día con su ganado. Encantóle el aire de candor é inocencia de la muchacha. Saludóla con cierto respeto, y volviéndose otra vez á mirarla á cierta distancia, iba diciendo para sí: «Los pastorcillos á quienes la Virgen se dignó aparecer en las montañas de la Saleta debían ser por el estilo de esta rapazuela.»

No creía por entonces el buen Cura que fuesen tan puntualmente proféticas estas sus palabras.

## IV

El jueves 11 de Febrero de 1858

El jueves 11 de Febrero de 1858, la madre de Bernardica permitió que ésta acompañase á su hermanita menor María y otra muchacha de su edad á recoger un poco de leña seca á orillas del torrente, por la parte de las rocas de Massabielle.

Bernardica vestía una saya grosera de lana negra, muy remendada, y llevaba en la cabeza la airosa capucha de lana blanca de las montañas del Pirineo, que le cubría las espaldas.

Las tres muchachas pusiéronse alegremente en camino hacia las once y media de la mañana. Media hora después ocupábanse en su faena de recoger leña en el terreno comunal que rodeaba el torrente, frente la gruta que conocen ya nuestros lectores. Hacía frío y el día estaba nebuloso, pero tranquilo.

Habíase quedado Bernardica un poco atrás. Menos afortunada que sus dos compañeras, no había encontrado aún leña seca con que componer su haz. Ellas acababan de atrevesar el fondo del arroyo, á la sazón casi seco, á pié desnudo, y al volverse á poner sus pobres zapaticos, estaban contándole á Bernardica como el agua estaba tan fría.

Débil, fatigada por su asma habitual, la pobre Ber-

nardica vacilaba en atravesar el arroyo, temiendo mojarse los piés. «No me atrevo á meterme en el agua, les gritaba, enferma como estoy.» Decidióse por fin, y comenzó á descalzarse apoyándose en una piedra. Un ruido sordo, parecido á un soplo impetuoso, la ebligó á levantar la cabeza y á mirar en torno de sí. ¡Cosa rara! Los altos álamos que orlaban la ribera estaban inmóviles, sin que se moviese hoja de ellos. «Me habré equivocado,» dijo para sí la niña toda pasmada, y volvió á bajarse de nuevo para descalzar su pié. Pero el ruido misterioso empieza de nuevo al instante y parece oirse más fuerte en dirección de la gruta. Bernardica alza otra vez su cabeza, mira hacia allá..... quiere lanzar un grito, pero la emoción embarga su voz; atónita de lo que está presenciando, póstrase y cae de rodillas.

Maravillosa aparición se destacaba delante de ella sobre el fondo de la gruta, en el nicho ó excavación que hemos descrito. En aquel mismo instante oyéronse de todas las campanas de la comarca las solemnes vibraciones del *Angelus Domini* del medio día.

## V

## Primera aparición

En medio de una luz deslumbradora, esplendorosa como la del sol, pero dulce y apacible como todo lo que viene del cielo, una Señora prodigiosamente bella dejóse ver á los ojos de la muchacha.

Parecía de estatura regular, y en todo el vigor y lozanía de la juventud. Vestía traje blanco, tendido, resplandeciente, y de un tejido desconocido. Esta vestidura traía ajustada al talle con un ceñido flotante de color azul.

Largo velo blanco, liso y muy parecido á la vestidura anterior, cubría la cabeza y espaldas, y caía hasta tierra envolviendo en anchos pliegues todo el cuerpo. Los piés, de una limpieza virginal, mostrábanse desnudos, y parecían asentarse sobre el rosal silvestre de que hemos hecho mención. Dos como rosas brillantes, de color de oro, cubrían por su parte superior los piés de la Virgen. Juntas sus blanquísimas manos ante el pecho, ofrecían la actitud de una oración fervorosa, tenía envuelto en ellas un largo rosario blanco como la nieve, cuyas cuentas parecían retocadas de oro, y una hermosa cruz de oro, resplandeciente como las rosas de los piés, colgaba de su extremidad.

La fisonomía de la aparecida irradiaba inefable fe-